

El Movimiento por la Paz y América Latina. Notas sobre María Rosa Oliver y una red intelectual antiimperialista en la primera Guerra Fría

Adriana Petra

Este capítulo tiene como propósito aproximarse a los primeros años de actuación del Movimiento por la Paz en América Latina, poniendo particular atención al modo en que a través de sus estructuras se conformó una red intelectual que puso en su centro los motivos antiimperialistas y la defensa de las culturas nacionales, al mismo tiempo que se articuló con una geografía más amplia ligada a Asia y al mundo poscolonial. Este “momento” antiimperialista del comunismo latinoamericano fue un producto de una trama de contactos y circuitos político-culturales que, aunque apoyados y promovidos por la Unión Soviética y los partidos comunistas, se organizó fundamentalmente “desde abajo”, mediante el activismo de un grupo de figuras culturales entre las que nos interesa destacar a la argentina María Rosa Oliver (1898-1977). Escritora, traductora y viajera cosmopolita, Oliver cumplió un rol fundamental en el establecimiento de esta red, la que, sin embargo, suele asociarse a figuras literariamente consagradas y popularmente conocidas, como el chileno Pablo Neruda, el brasileño Jorge Amado o el cubano Nicolás Guillén. A través del prisma de su singular itinerario, de sus memorias y de parte de su vasta correspondencia, intentaremos observar el modo en que una mujer formada en la elite cultural porteña, puso su capital social y cultural al servicio de la causa del pacifismo soviético y por su intermedio contribuyó a la conformación de un colectivo continental y transnacional que, aunque efímero y contingente, recuperó los motivos antiimperialistas de la tradición latinoamericanista y del comunismo de entreguerras y anticipó motivos tercermundistas que harán fortuna en la década de 1960.

En efecto, entre fines de la década de 1940 y mediados de los años 50, un grupo de intelectuales, científicos, artistas y escritores del continente participó de una red transnacional que se organizó en torno a los propósitos iniciales del Movimiento por la Paz: evitar una tercera guerra

mundial, impulsar la resolución pacífica de los conflictos entre naciones y oponerse al uso de armas atómicas. El puntapié inicial de esta organización fue dado por intelectuales comunistas franceses y polacos, que se reunieron por primera vez en 1948, en Breslavia. En este encuentro, al que asistieron 500 delegados de más de 40 países, se decidió crear un comité de enlace internacional con sede en París y avanzar en la constitución de un movimiento más amplio. Al año siguiente, la capital francesa fue anfitriona del primer Congreso Mundial de Partisanos por la Paz, que esta vez congregó, como en una “torre de Babel”, a más de 2000 delegados de 72 países. El primer presidente de la organización, que pronto cambió su nombre por Movimiento Mundial por la Paz, fue el físico francés Frédéric Joliot-Curie, acompañado por representantes de los cinco continentes, aunque en proporciones diversas (la presencia de los europeos era predominante en las instancias directivas). Entre los delegados latinoamericanos estuvieron presentes Pablo Neruda y Jorge Amado, ambos exiliados en Francia. En sus primeros tiempos, el movimiento se ocupó principalmente de temas europeos –sobre todo, la cuestión alemana– pero a partir del estallido de la Guerra de Corea, en junio de 1950, las campañas se enfocaron en los territorios asiáticos y más tarde, africanos, que desde entonces se convirtieron en el escenario de las disputas entre las dos grandes potencias en la medida en que se aceleró la disgregación de los imperios coloniales europeos. En esta nueva geografía, la batalla por la paz se anudó con tópicos ligados al derecho de los pueblos a su autodeterminación, el principio de no intervención y el apoyo a los movimientos por la independencia y la liberación nacional. De esa forma, el antiimperialismo retomó su lugar en la agenda del movimiento comunista internacional luego del largo paréntesis que impuso la Alianza Antifascista y la Segunda Guerra Mundial.

Desde su creación, el Movimiento por la Paz fue señalado por la gran prensa y los sectores liberales, no comunistas y anticomunistas como un movimiento “de fachada”, organizado por los soviéticos para manipular la buena voluntad o la candidez de los intelectuales occidentales. Investigaciones recientes han matizado esta mirada, señalando que sus relaciones con las estrategias de la política exterior soviética fueron más recíprocas que unidireccionales y que persiguió sus propios intereses, prioridades y perspectivas, además de apoyar los de la Unión Soviética (Geoffrey 2013, 391-411). Es decir que, aunque el movimiento pacifista estaba promovido por el estado soviético y los partidos comunistas alrededor del mundo, su funcionamiento distó de estar controlado por esa jerarquía y, como en casi

todos las organizaciones o frentes de masas no partidarios previos (la Liga Antiimperialista o el Socorro Rojo Internacional), para comprenderlos es necesario observar el papel de los actores que participaron en ellos, sus redes y los particulares sentidos que podían adoptar, en la extensa geografía del mundo comunista, tópicos generales como la defensa de la paz, la soberanía nacional o el antiimperialismo (Bayerlein, Braskén y Weiss 2016, 1-27). Esto es particularmente importante si se observa que la apelación internacionalista del pacifismo comunista —que no solo concitó la atención de figuras culturales renombradas, sino que logró un gran predicamento en la opinión pública internacional—, se desarrolló al mismo tiempo que la Unión Soviética atravesaba unos de sus periodos de mayor oscurantismo cultural, caracterizado, al menos hasta la muerte de Stalin en 1953, por el aislamiento, el chauvinismo y la lucha contra el “cosmopolitismo”, la que se extendió desde la prohibición de matrimonios con extranjeros hasta persecuciones antisemitas. Este discurso intransigente se replicó, intentando adaptarse a las particularidades locales, en todos los partidos comunistas, que abrazaron discursos propios del nacionalismo cultural, como fue el caso argentino (Petra 2017, 139-205). Es por eso que, observado “desde arriba”, resulta difícil explicar el modo en que las incitaciones hacia el nacionalismo cultural y los énfasis localistas convivían con un llamado internacionalista que fue más efectivo en la medida en que descansó sobre sujetos cosmopolitas como Oliver, que tanto distaban de ejercer una obediencia ciega a los mandatos de Moscú como de alinearse con las dirigencias comunistas de sus propios países.

En América Latina, el activismo pacifista no logró un importante nivel de implantación social. La regresión democrática que se experimentó en los años 50 fue un impedimento para el despliegue de sus actividades y campañas, que en casi todos los países eran prohibidas o perseguidas. Pero, además, tanto los soviéticos como las autoridades del propio movimiento no consideraron a la región como una prioridad al menos hasta que la Revolución cubana la puso en el mapa de los movimientos de liberación nacional y en la geografía del tercermundismo. Sin embargo, entre una fracción de las elites culturales el llamado pacifista encontró un importante eco, en buena medida porque, como ha observado Eduardo Rey Tristán, en América Latina el enfrentamiento de la Guerra Fría fue la expresión renovada de un discurso ya viejo. En efecto, la resistencia a la injerencia estadounidense en la región contaba ya con al menos medio siglo de existencia y era un tópico frecuente de los debates políticos e intelectuales, tan-

to en las izquierdas como en las derechas nacionalistas (Rey Tristán 2012, 53). Entre las izquierdas, en particular las comunistas, el antiimperialismo (en su versión de antinorteamericanismo) se suspendió parcialmente durante los años del antifascismo y la guerra, pero apenas las consecuencias del orden de Guerra Fría comenzaron a sentirse en la región (por ejemplo, bajo la forma de acuerdos militares como el Pacto de Río de Janeiro de 1947), la fibra antiimperialista se reactivó. En las mentes de muchos intelectuales latinoamericanos, la presión norteamericana para desatar una política generalizada de represión hacia el comunismo se combinó con la reactivación de las energías revolucionarias. Por un lado, Estados Unidos adoptó una política exterior fuertemente anticomunista que lo llevó a atacar experiencias que había apoyado en el periodo precedente, como quedó dramatizado en el derrocamiento del gobierno nacionalista y desarrollista del guatemalteco Jacobo Árbenz en 1954. Por otro lado, la revolución en China despertó un entusiasmo que, sumado al asedio que comenzaban a sufrir los países que intentaban liberarse del yugo colonial, convocó solidaridades, facilitó el trazado de paralelismos entre Asia, África y América Latina y colocó a la Unión Soviética como un modelo de desarrollo y modernización para esas vastas zonas del mundo. En síntesis, a pesar de su lugar secundario en la estructura general del movimiento, en América Latina la agenda del pacifismo comunista se organizó en torno a una red de activismo político-intelectual que articuló las capitales latinoamericanas con Moscú, París, Praga y Pekín y retomó en sus propios términos motivos antiimperialistas y una imaginación ligada al “sur global” en un periodo previo tanto a la Revolución cubana como a la extensión del tercermundismo como identidad política transnacional.

El capítulo está organizado en tres partes. La primera se ocupa de trazar un panorama general del lugar de América Latina en el movimiento comunista internacional, haciendo hincapié en el peso de los motivos antiimperialistas en diversos momentos del siglo XX. La segunda se centra en el itinerario de María Oliver y en las particulares características de su compromiso político y su actividad pública. Por último, se reconstruye la constitución del Movimiento por la Paz en América Latina a través de diversos encuentros que tuvieron a los intelectuales y artistas como protagonistas centrales.

América Latina en el mundo comunista

Durante la década de 1920 la política soviética hacia América Latina fue errática y la región ocupó un lugar periférico respecto a la atención que la Internacional Comunista (IC) le prestó a China y, en menor medida, a la India. Sin embargo, la experiencia de la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA) constituyó un hito en la historia del comunismo latinoamericano y del activismo latinoamericanista. La LADLA fue creada en 1924 como parte de la estrategia de la Internacional Comunista para los “pueblos de Oriente”, término con el que se englobaba las regiones de Asia, África y América Latina donde se pretendía promover la creación de organizaciones no proletarias de tendencia comunista que alentaran las luchas anticoloniales y los movimientos de liberación nacional. Tuvo filiales en varios países latinoamericanos, aunque sus nodos más importantes fueron México, Cuba y Argentina. A partir de la creación de la Liga contra el imperialismo y la independencia nacional en 1927, en el marco del Congreso Antiimperialista de Bruselas, la LADLA formó parte de una gigantesca red de internacionalismo antiimperialista que, aunque comandada por los comunistas, interpeló a un espectro social y político-ideológico amplio, donde cabían nacionalistas, sindicalistas, socialistas y pacifistas; campesinos, obreros, clases medias e intelectuales (Kerssfield 2012; Petersson 2016, 129-150 y 2017, 23-42).

Esta experiencia fue un momento destacado de la prédica latinoamericanista del continente, sobre todo a partir de la invasión estadounidense a Nicaragua en 1927, y bajo su impronta se formaron muchos intelectuales y futuros dirigentes comunistas. Sin embargo, los vaivenes estratégicos de la IC afectaron la vida de la LADLA y de otras organizaciones de masas que proliferaron en la década de 1920, hasta el punto de que en los primeros años 30 muchas prácticamente habían desaparecido. Esto se vio refrendado cuando a partir de 1935 el movimiento comunista internacional se vuelca a la batalla antifascista, cuyas organizaciones se sirvieron de las estructuras de las viejas formaciones antiimperialistas, pero dejaron de lado la agenda que le había permitido al comunismo articularse con los medios antiimperialistas, anticolonialistas, panafricanistas y antirracistas en todo el mundo (Dullin y Studer 2016, 9-32)

El antifascismo fue un motivo ideológico poderoso para los intelectuales y artistas en todo el mundo, como se ha señalado con insistencia. Muchos de ellos ingresaron a los partidos comunistas por esa vía, adqui-

rieron destrezas para las tareas de diplomacia cultural y, en algunos casos, construyeron una carrera como figuras intelectuales comprometidas en espacios diversos. En América Latina, a través de sus circuitos se fue conformando una comunidad que, sobre todo durante la Segunda Guerra Mundial y una vez superado el gravoso periodo neutralista de la Unión Soviética, vinculó a los comunistas con figuras del liberalismo progresista y de la izquierda no comunista de ambas Américas y los acercó a espacios de la vida pública que les estaban vedados en el periodo precedente, caracterizado por el rechazo a cualquier alianza con sectores moderados o “pequeñoburgueses”. La llegada de la Guerra Fría desarticuló este espacio y bifurcó las trayectorias de muchos de los que habían participado de esa circunstancial utopía de democracia social forjada a la sombra de la amenaza nazi, si bien colaboró en el establecimiento de vínculos y espacios informales e institucionales ligados al latinoamericanismo.¹

Para el mundo comunista la década de 1950 fue particularmente turbulenta. Con las cartas de la Guerra Fría ya barajadas, las zonas del mundo dominadas por el comunismo eran, luego de la Revolución China de 1949, enormes, e incluían a casi la mitad de la humanidad. Al mismo tiempo, luego de un breve periodo de esplendor en la inmediata posguerra, el dogmatismo, la vigilancia ideológica y los tópicos nacionalistas y anticosmopolitas volvieron a ser moneda corriente. Aunque era un movimiento vasto y poderoso, el comunismo actuaba como una fortaleza acechada. Con este panorama, en junio de 1950 estalló la Guerra de Corea, apenas un año después de que la URSS desarrollara su propia bomba atómica. Durante tres años, el mundo vivió ante el peligro inminente de una conflagración nuclear y observó cómo el tablero de las relaciones internacionales se reorganizaba en los territorios extraeuropeos. En América Latina el endurecimiento ideológico de la primera Guerra Fría alimentó un retorno a los motivos antiimperialistas específicamente antinorteamericanos que tenían una larga historia entre las elites políticas e intelectuales, a la vez que activó la memoria del internacionalismo antiimperialista de las décadas de 1920 y los primeros años 30. La defensa de las culturas nacionales y la denuncia de la penetración imperialista bajo formas tanto económicas y políticas como culturales se convirtió en el centro de un discurso que comenzó a

1 Sobre el papel de Oliver y otros intelectuales latinoamericanos en la conformación del latinoamericanismo como disciplina académica en la primera mitad del siglo XX ver Fernández Bravo (2009, 113-135).

conectar con fracciones del emergente nacionalismo popular. En el caso argentino, por ejemplo, bajo este influjo los comunistas comenzaron a distanciarse progresivamente del espacio liberal-democrático en que se habían movido hasta entonces, lo que condujo a una tematización de la cuestión nacional que se consolidará a fines de la década de 1950 en la obra de algunos intelectuales partidarios, como Héctor P. Agosti (Petra 2017, 139-204).

Con la muerte de Stalin en 1953, y sobre todo luego del ascenso al poder de Nikita Jrushchov, la política soviética dio un vuelco y comenzó a considerar que América Latina podía tener un rol geopolítico importante en su enfrentamiento con los Estados Unidos. Aunque las revelaciones sobre los crímenes del estalinismo y, sobre todo, la posterior invasión soviética a Hungría provocó una enorme crisis –cuyo impacto en América Latina, de todos modos, fue menor que en Europa–, en los años siguientes la diplomacia cultural soviética se intensificó, aunque por canales estatales. Este “internacionalismo cultural” combinó un puñado de ideas revolucionarias propias del primer bolchevismo con la voluntad de reintegrar la cultura soviética al mundo contemporáneo, mostrándola como ejemplo de un país que luego de la catástrofe de la guerra había logrado no solo recuperarse, sino también llevar el desarrollo y la modernidad a sus periferias, regiones “atrasadas” como el Asia Central y el Cáucaso, que bien podían compararse con zonas de Asia, África y América Latina (Rupprecht 2015, 9).² También países como Checoslovaquia se mostraban como ejemplo de sociedades modernas e industrializadas y Praga se convirtió en centro neurálgico del activismo cultural del comunismo durante los años 50, particularmente entre los latinoamericanos, al punto que el Palacio Dobris, sede de la Unión de Escritores Checos, se convirtió en una suerte de “Casa de las Américas” (Zourek 2019, 67). Al renovado activismo soviético es necesario agregar la muy temprana diplomacia cultural china, cuya irrupción en los mapas mentales de la segunda mitad del siglo XX amplió considerablemente las sensibilidades antiimperialistas, las geografías emancipatorias y las “experiencia del mundo” de una fracción importante de las elites letradas latinoamericanas (Locane 2020, 56). La importante presencia de latinoamericanos en la Conferencia de Paz de Asia y la Región del Pacífico,

2 Un ejemplo de cómo las “regiones atrasadas” de la URSS fueron presentadas como modelos para los países latinoamericanos puede encontrarse en el libro del dirigente comunista argentino Rodolfo Ghioldi, *Uzbekistán, el espejo* (1956).

que se realizó en Pekín entre el 2 y 12 octubre de 1952, fue el primer paso para el establecimiento de relaciones de amistad y colaboración entre asiáticos y latinoamericanos que fueron delineando una percepción común sobre las características y el destino de ambas regiones.

María Rosa Oliver y la red del internacionalismo pacifista

El establecimiento de una vasta red de activismo latinoamericanista vinculado a la Unión Soviética tuvo en la escritora argentina María Rosa Oliver una protagonista ineludible, aunque singular. Miembro de una familia de la aristocracia argentina, a los diez años contrajo polio y no pudo volver a caminar sin ayuda. Esta imposibilidad física no fue un obstáculo para su activismo cultural, que combinó las disposiciones sociales propias de su pertenencia de clase (vínculos, poliglotismo, autonomía económica) con un temprano compromiso político. Aunque ya se había involucrado en actividades editoriales a través de los circuitos vanguardistas y bohemios porteños, fue su participación en la creación de la revista *Sur*, secundando a Waldo Frank y Victoria Ocampo, lo que la hizo protagonista del centro de la cultura legítima argentina por los siguientes 30 años, incluyendo sus proyecciones continentales. Frank, un “comunista místico e idealista”, fue, junto al mexicano Alfonso Reyes y el dominicano Pedro Henríquez Ureña, una figura clave en la formación de la conciencia americanista de Oliver, además de una vía de acceso para una red intelectual transatlántica que será fundamental en el lugar de mediación político-cultural que ocupará por las siguientes décadas (King 1989, 60; Fernández Bravo 2017, 133-148).

María Rosa Oliver escribió obras de ficción, guiones de cine y dramaturgia, artículos y traducciones (particularmente de autores norteamericanos), aunque solo publicó *Geografía Argentina* (1939) y libros ligados a su pasión viajera, como *América vista por una mujer argentina* (1945) y *Lo que sabemos, hablamos... Testimonio sobre la China de hoy* (1955). Este último, escrito en coautoría con Norberto Frontini, describe su visita al país asiático en 1953, que le produce un enorme impacto y entusiasmo, tanto por su vitalidad revolucionaria como por las múltiples semejanzas que advierte entre los pueblos asiáticos y latinoamericanos. Analogías que en su libro se leen desde el aspecto físico y el estilo de las artesanías hasta el carácter predominantemente rural de la población y el peso de la dependencia económica y del colonialismo. Pero tal vez su obra más importante sean los

tres tomos de sus memorias, publicados entre 1969 y 1981: *Mundo, mi casa, La vida cotidiana* y *Mi fe es el hombre*.

En los años 30, se acercó al comunismo, por vía del antifascismo. Aunque algunos autores sostienen que se afilió al Partido Comunista Argentino (PCA), su función siempre fue la de una “compañera de ruta”, una forma de compromiso que contempla diversas gradaciones, entre ellas, tal vez la más valorada, la de ofrecer el prestigio de una obra o de una colocación social favorable para apoyar iniciativas frentistas o de defensa de la Unión Soviética (Clementi 1992; Fernández Bravo 2008, 9-49). En este sentido, su perfil ideológico puede caracterizarse más como un humanismo de izquierdas que como un típico comunismo de acentos estalinistas. A lo largo de una década, impulsó la creación de la Unión Argentina de Mujeres, la Junta por la Victoria y la Comisión Argentina de Ayuda a los Intelectuales Españoles, y formó parte de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) y del Comité contra el Racismo y el Antisemitismo (McGee Deutsch 2013, 157-175; Valobra 2005, 67-82). En todas estas empresas, con mayor o menor intensidad, los comunistas ocupaban un lugar principal y en todos los casos aportaban su pericia organizativa, la perseverancia y disciplina de sus militantes y las estructuras transnacionales a partir de las cuales canalizaban una potente idea de comunidad y fraternidad internacionalista. Aunque desde el golpe de Estado de 1930, el PCA se vio obligado a actuar en la ilegalidad por los siguientes cuarenta años, mantuvo su lugar en el espacio antifascista de la política argentina, que a diferencia de otras latitudes siguió activo hasta bien entrada la década de 1950, en la medida que el peronismo fue leído como una “encarnación local” del fascismo. Ese lugar se identificó con las tradiciones liberales y fue particularmente atractivo entre los intelectuales, artistas y sectores medios ilustrados, sobre todo a partir de llegada al gobierno de Juan Domingo Perón en 1946, cuyo movimiento logró el apoyo masivo de la clase obrera (Bisso 2007; Pasolini 2013).

En 1942, gracias a sus credenciales como *proved antifascist*, particularmente entre el cuerpo diplomático estadounidense en Buenos Aires (algunos de cuyos funcionarios eran amigos personales o amigos de su familia), María Rosa Oliver fue invitada a trabajar en el Departamento de Asuntos Culturales de la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos. Esta era dirigida por Nelson Rockefeller bajo la órbita del vicepresidente Henri Wallace, quien terminará siendo su amigo personal, una personalidad del movimiento pacifista y una figura de gran predicamento entre los comunis-

tas latinoamericanos.³ El trabajo consistía en asesorar sobre América Latina a quienes organizaban la propaganda cultural aliada para el subcontinente. En los dos años que residió en los Estados Unidos desempeñándose como embajadora de las misiones culturales encomendadas por Rockefeller, sus vínculos latinoamericanos se acrecentaron, incluso o sobre todo entre izquierdistas y comunistas mexicanos, brasileños, colombianos y bolivianos, que debido a la coyuntura circulaban por primera vez en las esferas públicas y gubernamentales. A propósito de esta aparente paradoja, que observaba no sin escepticismo, escribió en sus memorias: “Por primera vez alterno a diario con personas de todos nuestros países, y aquí surge otro absurdo: haber tenido que ir a Washington para conocer a mi gente” (Oliver 2008 [1981], 151). El impacto negativo que le produjo la fortaleza del racismo en la sociedad norteamericana también la conectó con figuras del activismo afroamericano, como el cantante Paul Robeson y el sociólogo W.E.B. Du Bois.

María Rosa Oliver viajó a Washington con la convicción de que debía cumplir un papel en la alianza que se proponía derrotar al nazismo por sobre cualquier otra consideración política e ideológica, adecuándose sin inconvenientes al clima “browderista” que dominaba la izquierda comunista estadounidense y que se extendió por todo el continente.⁴ Confiaba, como muchos otros progresistas, liberales de izquierda y no pocos comunistas, en que el gobierno de Roosevelt, a pesar de las limitaciones de la política de “buena vecindad”, era una garantía de que las corporaciones y “consorcios” económicos no impondrían su voluntad de dominio sobre América Latina, además de asegurar el entendimiento con la Unión Soviética (Oliver 2008 [1981], 401). Al poco tiempo de su regreso a Buenos Aires, sin embargo, la muerte de Roosevelt, los primeros indicios de persecución anticomunista, del que fueron víctimas algunos de sus amigos y allegados, y el cambio de rumbo de la política exterior del gobierno de Truman, fueron inclinando su decisión hacia un mayor compromiso con el comunismo soviético. En los

3 Sobre la relación de Wallace con América Latina ver Pavilack (2018, 215-232).

4 Earl Russell Browder fue secretario general del Partido Comunista de los Estados Unidos hasta su expulsión en 1946. En el contexto de la política de unidad nacional propiciada por el movimiento comunista a partir de la invasión alemana a la Unión Soviética, que colocó como prioridad la construcción de amplios frentes antifascistas dedicados a apoyar el esfuerzo de guerra de los aliados y la defensa de la URSS (y que derivó en la disolución de la Comintern en 1943), Browder desarrolló sus tesis sobre el inicio de una era de conciliación de clases y colaboración entre comunismo y capitalismo. El browderismo tuvo influencia en varios partidos latinoamericanos, sobre todo en Colombia, Venezuela y Cuba (ver Caballero 2006, 215 y ss.).

primeros años de la segunda posguerra este gozaba del prestigio moral que le otorgó su papel principal en la derrota del nazismo y la casi total certeza de que luego de la tragedia económica y humana que le supuso la guerra, el estado soviético no quería ni podía promover una nueva conflagración mundial.

Esta experiencia como gestora y funcionaria de un aceitado sistema de diplomacia y transferencias culturales se sumó a la red de relaciones político-culturales gestadas desde *Sur*, la militancia feminista y el frentismo antifascista, que en conjunto delinearón la estructura de contactos y afinidades para su posterior rol de intermediación en los circuitos del comunismo transnacional de Guerra Fría. En 1952, ya plenamente embarcada en el apoyo a la URSS y durante los momentos más álgidos de la guerra de Corea, le escribía extensamente a su amigo y antiguo mentor Nelson Rockefeller explicando su decisión y revelando, una vez más, la función de mediación entre mundos que se había asignado a sí misma:

Pronto harán diez años desde que marché a los Estados Unidos a trabajar en la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos aceptando la invitación que me hiciera bajo la presidencia de Franklin D. Roosevelt. Recordaré siempre con cariño la hospitalidad que me fue brindada en Washington D.C.; la cordialidad de mis amigos y compañeros de tarea y la oportunidad que se me dio de conocer al pueblo y a gran parte del territorio de los Estados Unidos. Pero lo que más agradezco fue la oportunidad que me fue dada de colaborar en la lucha contra el fascismo y de ayudar, con mis reducidos medios y mi gran buena voluntad, a cerrar filas contra quien amenazaban, por escrito, dominar el mundo y convertir a estos países al sur del Continente en colonias nazis, llamándonos “tierras de monos”, con igual odio racista con que mandaba a campos de concentración a los judíos alemanes.

Por lo tanto fui a Washington en la creencia de que terminada la guerra y vencido Hitler, los países victoriosos, unidos en la paz como estuvieron en la guerra, darían a la humanidad un mundo mejor. Esto fue lo que me indujo a prestar mi modesta colaboración al gobierno de los Estados Unidos, y no la defensa de ningún régimen político o económico dado.

Le doy esta explicación, Nelson, por dos motivos: primero porque, recordando que siempre hemos hablado con toda franqueza, debo decirle ahora que si milito en las filas de la paz es porque estoy en completo desacuerdo con la política internacional del departamento de Estado y que por lo tanto si algo ha cambiado no es mi línea moral ni de conducta sino la línea moral y de conducta de la política externa norteamericana. Segundo porque, recordando igualmente la atención con la que usted escuchaba mis palabras, me creo en el deber de decirle ahora lo que estoy oyendo y viendo no solo en mi América Latina si no algo de lo que vi y oí en parte de Europa a fines de 1950.⁵

5 Carta de María Rosa Oliver a Nelson Rockefeller, Buenos Aires, 9 de abril de 1952, María Rosa Oliver Papers, Box 5 folder 57.

Esta postura tuvo consecuencias tanto políticas como personales, pues la alejó de los círculos intelectuales en los que se había formado, sobre todo, de su gran amiga Victoria Ocampo, quien se convirtió en una figura central de la sede argentina del Congreso por la Libertad de la Cultura, una organización fundada en 1950 en Berlín Occidental bajo la bandera de la lucha contra los totalitarismos (Iber 2015, 83-115). Cuando Oliver en 1958 recibió el Premio Lenin “Por la consolidación de la Paz entre los pueblos”, los comentarios hostiles que publicó la revista *Sur* provocaron una agria polémica entre las dos escritoras y la renuncia de Oliver al comité de redacción de la revista que había ayudado a fundar.⁶

La escala latinoamericana del pacifismo comunista

María Rosa Oliver formó parte del grupo que impulsó la creación de la sede del Movimiento Mundial por la Paz en la Argentina, lo que ocurrió en agosto de 1949, en un encuentro en la ciudad de La Plata que fue prohibido y dispersado por la policía. Curiosamente, su nombre no aparece entre los miembros del grupo promotor del Congreso Continental por la Paz que se reunió en México al mes siguiente, con la presencia de 1500 delegados de 19 países latinoamericanos, Estados Unidos y Canadá. La inflexión nacionalista y antiimperialista que tomaba la política comunista fue evidente en aquella reunión en la capital mexicana, que abundó en discursos críticos sobre el papel de los Estados Unidos, el imperialismo cultural y sus peligros para las culturas nacionales. Vicente Lombardo Toledano, Juan Marinello y, sobre todo, Pablo Neruda, fueron los más enfáticos en este sentido (Iber 2015, 71-81). Ernesto Giudici, autor de *Imperialismo inglés y Liberación nacional* (1940) y secretario del Consejo Argentino por la Paz, escribió una crónica para el periódico comunista *Orientación* donde denunciaba el “mal gusto y grosería” de los norteamericanos, su maquinismo “sin alma”, su utilitarismo y su vocación por “uniformar la vida con su industria, sus diarios y su cine” (Giudici 1949). Los llamados a rescatar las tradiciones indígenas fueron acompañados de incitaciones a desarrollar una forma latinoamericana del realismo socialista. La poeta Gabriela Mistral envió un mensaje donde pedía por la unión de los pueblos latinoame-

6 “Premios literarios argentinos, el Premio Lenin”, *Sur* 250, Buenos Aires (enero y febrero de 1958): 104.

ricanos y anudaba la causa de la paz con la concreción de la independencia política y la liberación económica de la región.⁷

Es bastante improbable que María Rosa Oliver compartiera plenamente las aristas más estrechas y localistas de este discurso, pues como ella misma señalaba sus vínculos de intimidad con muchos estadounidenses, labrados en los años pasados en Washington o viajando por aquel país en gira de conferencias, le permitían observar el conflicto bipolar despojada del antinorteamericanismo que era moneda corriente entre algunos de sus camaradas y compañeros, tal vez dominados por un mal disimulado provincianismo desde el cual era imposible labrarse una opinión sin prejuicios. Su función en el movimiento, por otra parte, incluía, por esta misma razón, interesar a los intelectuales norteamericanos de participar en los eventos pacifistas, tarea que encaró con singular pericia.⁸

En 1950, Oliver asistió como delegada argentina, representando a una agrupación de mujeres, al segundo Congreso Mundial de los Partidarios por la Paz, que tuvo lugar en Varsovia en el mes de diciembre. Sobre aquel congreso escribió una extensa crónica que publicó en francés la revista *Europe*, en la que enaltecía la recuperación del azotado pueblo polaco y la confraternización con viejos conocidos.

Los delegados que nos han precedido colman el vestíbulo, entre ellos aparecen caras familiares: Pablo Neruda y Delia [Del Carril], a quienes encontré días pasados en París luego de cuatro años de no vernos; Juan Marinello y Pepilla [Josefa Vidaurreta], iguales a como los vi partir de Buenos Aires hace quince años en la puerta de un bistró; Ana Seghers, a quien conocí hace cuatro años en México, viendo los cuadros de un pintor amigo, los mismos días en que, en la sede de la CETAL conversé con Lombardo Toledano, ahora también aquí; Joe Starobin de quien me despedí en Nueva York una tarde calurosa, ocho años atrás; Joseph Kessel —mi semicompatriota— con quien allá en mi país, hace mucho discutí sin amargura, entre cantos y recuerdos de la primera guerra [...].⁹

7 El mensaje fue publicado originalmente en la revista *Repertorio Americano* con el título “Sobre la paz y América Latina”. El texto fue recogido en el libro *Por la humanidad futura. Antología política de Gabriela Mistral* (2015). El manuscrito original puede consultarse en Gabriela Mistral, Archivo del Escritor. Disponible en Biblioteca Nacional Digital de Chile. <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/623/w3-article-143570.html> (septiembre de 2020).

8 World Council of Peace. Notas manuscritas sobre el II Congreso Mundial de Partidarios de la Paz de Varsovia, MRO Papers, Box 1, Folder 51.

9 El texto fue publicado bajo el título “Les fleurs de Varsovie” en la edición de febrero de 1951. La cita está tomada del manuscrito original disponible en World Council of Peace. Notas manuscritas sobre el II Congreso Mundial de Partidarios de la Paz

La misma impresión de convergencia entre pares se lee en la carta que en enero de 1951 le envía a su amiga Gabriela Mistral, contándole en detalle su experiencia en la capital polaca.

Aquello fue tan magnífico Gabriela que solo por haber visto ese Congreso podría morir tranquila. Reinó allá la más absoluta libertad de palabra: hablaron monárquicos y clericales, conservadores y comunistas, así como religiosos de todos los credos. 73 religiosos asistieron a esa asamblea de pueblos: el mejor, el más extraordinario de todos era un curita italiano, el padre Andrea Gaggero, valiente, inteligente, claro, lleno de fe en Dios y de afán de justicia. Si estás en Italia le escribiré para que vaya a verte [...] Entre los mil ochocientos delegados llegados de 81 países, Gaggero fue considerado y tratado como uno de los más importantes. No sé si tú conocerás las resoluciones de dicho congreso, apenas sepa dónde has asentado el pote te las haré llegar.

Cuando, al final, se decidió crear el Consejo de Partidarios por la Paz, te enviamos, firmado por Pablo Neruda, Marinello, Jorge Amado y la servidora, un telegrama preguntándote si no deseabas formar parte de él ¿Te llegó ese pedido? Supongo que tu cargo diplomático ha de impedir tal cosa: pensé además que el color político de los firmantes podría hacerte creer que aquello fue un congreso partidista, lo que sería un error: hubo de todo, como ya te lo he dicho. Allá estuvo Asia bien presente y formando un bloc compacto. Por ejemplo, en la delegación hindú (más o menos 70 delegados) la mitad era nehruista y la otra opositora al gobierno pero, tratándose de Corea, de China, del Viet Nam [sic] e Indonesia su voz era unánime: no había ni la menor discrepancia.¹⁰

Las citas tornan evidente la idea de que las redes del pacifismo soviético se organizaron sobre una estructura de relaciones políticas y personales previas y que Oliver asumió esta nueva etapa de activismo político con el mismo aliento cosmopolita que la acompañó en todas sus empresas anteriores. De ahí la imagen de una reunión familiar cuyos miembros, desperdigados por el mundo, comparten un mismo lenguaje y una memoria común. La activación de una trama de relaciones forjadas en una trayectoria compartida a través del americanismo, el antifascismo y un compromiso ecuménico con las causas y los valores humanistas es una constante en su correspondencia dedicada a ganar adhesiones para el Movimiento por la

de Varsovia, María Rosa Oliver Papers, Manuscripts Division, Department of Special Collections, Princeton University Library, Box 1, Folder 51.

10 Carta de María Rosa Oliver a Gabriela Mistral, Buenos Aires, 2 de febrero de 1951, en Gabriela Mistral. Archivo del Escritor. Disponible en Biblioteca Nacional Digital de Chile. <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/623/w3-article-148470.html> (septiembre de 2020).

Paz, tarea que requería, como preámbulo, desmarcarlo de una relación estrecha con los partidos comunistas.

El año 1952 fue pródigo en conferencias y reuniones alrededor del mundo. En pocos meses se llevaron a cabo la Conferencia Económica Internacional de Moscú, puntapié para el restablecimiento de las relaciones económicas entre la URSS y algunos países latinoamericanos, como Argentina; la sesión extraordinaria del Consejo Mundial de la Paz que se reunió en Berlín para tratar el presunto uso de armas bacteriológicas en Corea, la Conferencia de Asia y el Pacífico en Pekín; el Congreso de los Pueblos por la Paz que en el mes de diciembre reunió en Viena a miles de delegados de todo el mundo, incluyendo al filósofo del momento, Jean-Paul Sartre. En esa apretada agenda, la Conferencia Continental por la Paz que se realizó en Montevideo del 11 al 16 de marzo de 1952 ha pasado desapercibida, aunque fue crucial para la posterior presencia latinoamericana en las nuevas redes del internacionalismo pacifista y para el lugar neurálgico que María Rosa Oliver ocupará en ellas.

La Conferencia Continental fue preparada por Oliver, en su cargo de secretaria de la organización, a lo largo de 1951. Originalmente iba a celebrarse en Río de Janeiro, pero el gobierno de Getulio Vargas, luego de autorizarla, la prohibió. Hubo gestiones infructuosas para realizarla en Santiago de Chile hasta que finalmente se consiguió que el gobierno uruguayo del colorado Andrés Martínez Trueba autorizara la realización en Montevideo. El talento para las relaciones públicas y los vínculos sociales, forjados al calor de un cosmopolitismo cultural muy propio de las elites liberales argentinas, le permitieron reunir en torno a este encuentro una pléyade de personalidades políticas y culturales de las dos Américas en cuya cúspide colocó a Gabriela Mistral. Entre estas figuras estaban Benjamín Cevallos Arízaga, presidente de la Suprema Corte de Justicia de Ecuador, el entonces vicepresidente del senado chileno, Salvador Allende, el presidente del Congreso Nacional de Guatemala, Roberto Alvarado Fuentes, al escritor y expresidente del Perú José Gálvez Barrenechea, a los brasileños Candido Portinari, Oscar Niemeyer y al magistrado: João Pereira de Sampaio, el cantante y activista afroamericano Paul Robeson y al profesor de Cambridge, Massachusetts, Joseph Fletcher; el escritor y diplomático ecuatoriano Manuel Benjamín Carrión, los escritores mexicanos Alfonso Caso y Enrique González Martínez, los cubanos José Elías Entralgo y Carlos García Vélez, el músico paraguayo José Asunción Flores, el guatemalteco Luis Cardozo y Aragón, el eclesiástico canadiense James Endicott, el filósofo

colombiano Baldomero Sanín Cano, a los escritores rioplatenses Leónidas Barletta y Jesualdo Sosa y al escritor costarricense Joaquín García Monge.

La conferencia debió realizarse en la clandestinidad, pues el gobierno uruguayo finalmente también decidió prohibirla. Los casi 300 delegados que arribaron desde Brasil, Chile, Argentina, Paraguay, Estados Unidos, Venezuela, Colombia, Bolivia, Guatemala y Puerto Rico, debieron reunirse en sótanos y centros culturales y muchos fueron obligados a regresar a sus países o ni siquiera pudieron salir de ellos, pues le fueron negados los visados, como ocurrió con los representantes de Canadá, México y Cuba. Luego de tres días de deliberaciones se suscribió un llamamiento público y una resolución de ocho puntos que incluía la lucha por el desarme progresivo, la prohibición de las armas nucleares y la regulación del uso de la energía atómica, una campaña en contra del envío de tropas a Corea y la condena a la política “guerrerrista” de los círculos dominantes de los Estados Unidos. Las crónicas del evento en la prensa comunista enfatizaron en el lugar que debía ocupar América Latina en el nuevo mapa político internacional y anudaron la causa de la paz con las críticas a los gobiernos locales y a las condiciones de vida de los pueblos.

El imperialismo yanqui derrotado militarmente al fracasar su invasión [a Corea], maniobra contra el armisticio, porque desea ampliar esa guerra mediante un ataque a China, que puede significar ya la tercera guerra mundial.

El gobierno de Washington, sus militares y millonarios, encaran ampliar la guerra mediante el aporte de hombres y recursos de los demás países, especialmente de la Europa y América Latina. Y en esta tarea cuentan con la complicidad de los gobiernos reaccionarios de América Latina que, fieles representantes de los latifundistas y grandes capitalistas, ansían la guerra para realizar grandes ganancias. De ahí la importancia de que los pueblos del Continente afirmen su firme voluntad de mantener la paz.

[...] La vida, la salud, el nivel de vida, la independencia de los pueblos americanos, dependen de cómo afronten con voluntad y decisión la ofensiva de guerra de Wall Street. Los pueblos latinoamericanos y el propio pueblo de los Estados Unidos no tienen otra salida que la unidad contra los planes de llevarlos a la guerra que desarrollan los generales del Pentágono, los millonarios de Wall Street y los gobernantes de la Casa Blanca, servidos por sus “quinslings” [sic] latinoamericanos.¹¹

11 ¡Viva la Conferencia Continental por la Paz!, *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, 11 de marzo de 1952: 1.

En su escala latinoamericana, el Movimiento por la Paz se enfrentó a un sinnúmero de dificultades. La “primavera democrática latinoamericana” posterior a la posguerra se marchitó rápidamente bajo las condiciones inclementes de la Guerra Fría. Hubo golpes de Estado en Colombia y Venezuela y el resto de los gobiernos de la región estuvo dispuesto a iniciar una cruzada anticomunista que ilegalizó a buena parte de los partidos, generalizó la represión a las actividades públicas y envió a la cárcel o al exilio a sus dirigentes o más destacados militantes. Pero no se trataba solamente de factores externos. En estos primeros años, el apoyo concreto de Moscú hacia el activismo latinoamericano era relativo y en buena parte de los casos las iniciativas se autofinanciaban, los invitados se pagaban sus propios pasajes y el apoyo económico y logístico de París y Moscú era precario e insuficiente. Más allá de la promoción de ciertas figuras individuales, el interés soviético por la región en la primera mitad de la década de 1950 era menor y esto llevaba a un trabajo inconexo y aislado, plagado –como se quejaba el escritor cubano Juan Marinello– de “indecisiones y vaguedades”.¹² En estas condiciones adversas, Oliver fue capaz de reunir en la capital uruguaya a escritores y artistas de todo el continente y dar el primer paso para la construcción de una estructura de activismo intelectual que alcanzará su forma más lograda al año siguiente con el Congreso Continental por la Cultura celebrado en Chile en el mes de marzo (Albuquerque 2011).

En efecto, en la accidentada reunión montevideana se decidió promover un encuentro que tratara específicamente sobre los problemas de la cultura, la creación artística y la crónica dispersión y falta de comunicación que afectaba a los intelectuales latinoamericanos. El lugar elegido fue Chile, ahora bajo la presidencia de Ibáñez del Campo, y previsiblemente la figura convocante principal fue Pablo Neruda, que regresaba a su país después de cuatro años de exilio. La convocatoria se realizó mediante un llamamiento firmado por Gabriela Mistral, Baldomero Sanín Cano y Joaquín García Monge.¹³ El éxito fue total, como reconoció incluso la prensa anticomunista. Entre los más de 200 delegados de Bolivia, Brasil, Colombia, Argentina, Costa Rica, Cuba, Chile, Guatemala, Haití, México, Para-

12 Carta de Juan Marinello a María Rosa Oliver, La Habana, 22 de octubre de 1952. Rosa Oliver Papers, Manuscripts Division, Department of Special Collections, Princeton University Library, Box 4, Folder 58.

13 El apoyo de Gabriela Mistral al Congreso Continental quedó envuelto en una situación confusa, pues la escritora se desdijo de su apoyo frente a la prensa internacional cuando quedó en claro que era organizado por el Consejo Mundial por la Paz.

guay, Perú, Uruguay, Venezuela y los Estados Unidos, estuvieron presentes Jorge Amado, René Depestre, Jorge Icaza, José Asunción Flores, Alberto Romero, Alfonso Reyes, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Nicolás Guillén, Betty Sanders, Gabriel Bracho, Joaquín Gutiérrez, Efraín Morel, Marcelo Sanjinés y José Mancisidor.

Las deliberaciones se organizaron bajo un temario de tres puntos: la defensa de las “características nacionales” de las culturas latinoamericanas y su popularización frente al avance del imperialismo; el incremento del intercambio cultural entre los países continentales y extracontinentales mediante la libre circulación de intelectuales y bienes culturales, y la defensa de la libertad de creación y opinión, así como la superación de las dificultades materiales que enfrentaban los escritores y artistas. El congreso emitió una proclama sobre estos tres ejes a los que se añadió, de acuerdo con la campaña que llevaba adelante el Movimiento Mundial por la Paz, una convocatoria a los intelectuales de Estados Unidos, Inglaterra, la URSS, China y Francia (las “cinco grandes potencias”) para que se reunieran en un país latinoamericano a fin de expresar libremente sus afinidades y diferencias con “miras a la paz del mundo”. También se resolvió, bajo la iniciativa del escritor chileno Benjamín Subercaseaux, la creación de una “Librería de las Américas” con filiales en todos los países.¹⁴

En su conferencia titulada “A la Paz por la Poesía”, Pablo Neruda se extendió en condenar el cine de Hollywood, la novela policial y las historietas, que observaba como una amenaza para la cultura popular de los pueblos americanos. Abogó por una poesía optimista y edificante que revalorizara lo autóctono y las culturas indígenas y destacó el papel de los escritores en la lucha contra el imperialismo y la liberación nacional. En varias ocasiones, los delegados intentaron defender una noción de americanismo que se distanciaba tanto del chauvinismo y las inflexiones “iberoamericanistas” como del “supranacionalismo”. Las primeras, se afirmaba, eran parte del repertorio de un “antiimperialismo falso” que pretendía desviar a las masas de

14 Los originales del temario de la reunión se encuentran en el archivo personal del escritor Juan Antonio Salceda, los mismos están organizados en los siguientes puntos: Primer punto del temario. Proclamación a los intelectuales de los pueblos de América; Segundo punto del temario. Intercambio cultural. Declaración de los intelectuales a los pueblos de América; Tercer punto del temario. Exhortación a los gobiernos, a las entidades culturales y profesionales y a los intelectuales de América (Archivo JAS). Las resoluciones de Congreso, así como una crónica de Héctor P. Agosti y las intervenciones del propio Agosti, Raúl González Tuñón y Julio Galer, fueron publicadas en el número 12 de *Cuadernos de Cultura*, julio de 1953: 1-22.

su “sano impulso” y dividir las con torpes recelos nacionalistas. La segunda, era una idea que buscaba sustituir las particularidades nacionales y postular un continente separado del mundo, cuando en realidad debían alentarse las relaciones con nuevos espacios extra continentales, previsiblemente, la Unión Soviética, China y las democracias populares de Europa del Este.

Y el sentido americano (y no “iberoamericano” ni “latinoamericano”) surge así en su empujada significación moral, exenta de cualquier chauvinismo: no somos enemigos de los Estados Unidos como quieren hacerlo creer la prensa subvencionada por el State Department; no somos enemigos de su pueblo, ni de sus tradiciones democráticas; somos, por el contrario, solidarios con ese mismo pueblo, igualmente sometido, igualmente extorsionado por las clases dominantes de su país; somos amigos del pueblo de los Estados Unidos pero adversarios irreconciliables de la camarilla plutocrática que quiere convertirnos, cada vez más, en cipayos sumisos para sus planes de dominación imperialista del mundo.¹⁵

Del encuentro chileno se derivaron varias organizaciones nacionales que recogieron los mismos postulados. En la Argentina se creó, al año siguiente, el Congreso Argentino por la Cultura y luego la Casa Argentina de la Cultura, que en sus fundamentos afirmaba que lo nacional era incompatible con toda forma de sumisión política o cultural y llamaba a revivir los “más firmes principios antiimperialistas de la intelectualidad argentina”.¹⁶ Bajo la misma inspiración se creó una red de revistas culturales de escala transatlántica: la *Revista Para Todos*, que dirigía en Brasil Jorge Amado, la colombiana *Paz y Democracia* que promovía Diego Montaña Cuellar, el mensual *Paz* que dirigía en México el general Heriberto Jara, *Mass and Mainstream*, editada en Nueva York por Samuel Sillen, *Por la Paz*, que en la Argentina impulsaba Oliver y, como nodo central, la francesa *Défense de la Paix* (luego *Horizons*), que desde París dirigía Pierre Cot con Pierre Morgan como secretario de redacción, y que se editaba en trece lenguas y veinte países.

15 “El Congreso Continental de la Cultura”, *Cuadernos de Cultura* 12, julio de 1953: 4.

16 “La Casa de la Cultura Argentina”, Buenos Aires, c. 1952, 2, Archivo JAS y “Casa de la Cultura Argentina. Declaración de Principios”, Buenos Aires, c. 1953, Archivo JAS.

Hungría, fin de ciclo

En noviembre de 1956 María Rosa Oliver formó parte de la reunión del Bureau del Consejo Mundial por la Paz que selló el inicio de la decadencia del movimiento pacifista soviético. Convocada originalmente para tratar el asunto del canal de Suez, dos postergaciones sucesivas hicieron evidente que el problema húngaro tomaba dimensiones escandalosas, al punto que el gobierno sueco no permitió que el encuentro se realizara en Estocolmo como estaba previsto, por lo que debió ser traslado de urgencia a Helsinki. Todavía confundidos por el impacto de las declaraciones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), que entre otras cosas se había llevado la vida de unas de las principales figuras soviéticas del movimiento, el escritor y presidente del Unión de Escritores Soviéticos, Aleksandr Fadéyev, que se suicidó en el mes de junio, algunos de los delegados que llegaron a la capital finlandesa habían abandonado la habitual camaradería por abierta hostilidad y desconfianza. La atmósfera era tensa, más aún, era trágica, recordaría más tarde Oliver.¹⁷ Los socialistas italianos estaban decididos a abandonar el movimiento y así lo hicieron, mientras que los franceses se declaraban en una crisis terminal luego de que figuras como Édouard Herriot, François Mauriac y, sobre todo, Jean-Paul Sartre, abjuraran de sus simpatías con las organizaciones comunistas. En todo el mundo las manifestaciones en contra del ingreso de las tropas soviéticas a Hungría se multiplicaron y, en algunos casos, como en Inglaterra, fueron igual o mayores que las protestas contra la intervención occidental en Egipto. También en Buenos Aires, como recordó Oliver en su breve intervención, hubo movilizaciones en defensa de la “Hungría Libre” de un tono, aclaró, abiertamente reaccionario. Sin embargo, era difícil evadir la cuestión fundamental que en este acontecimiento se planteaba: que la intervención soviética tiraba por tierra el principio de no intervención, uno de los pilares del movimiento que los convocaba, y que esto era especialmente grave para los pueblos latinoamericanos, tan expuestos a que sus protestas fueran sofocadas —afirmó— por “bombardeos norteamericanos” oportunamente solicitados por sus gobiernos.

17 World Council of Peace. *Memoirs*. Notas manuscritas sobre la reunión del Bureau del Consejo Mundial de la Paz reunido en Helsinki en 1956, María Rosa Oliver Papers, Manuscripts Division, Department of Special Collections, Princeton University Library, Box 1, Folder 2.

En realidad, en la reunión de Helsinki, en la conciencia de todos los presentes se libraba una lucha entre defender desde el punto de vista moral del principio de no injerencia y el de tener que admitir la razón política que se nos daba para su violación. Por eso [...] nuestra reunión fue trágica, y quien no advierta la tremenda tragedia moral de Hungría, no merece militar en nuestro movimiento, ni en ningún partido político responsable.¹⁸

El Consejo Mundial de la Paz emitió una declaración que, al admitir las discrepancias internas que habían impedido formular una valoración común sobre los acontecimientos húngaros, excepto lamentar unánimemente el derramamiento de sangre, salvó cierta imagen de independencia y autonomía que, de todos modos, no fue suficiente para impedir que una larga lista de antiguos aliados, compañeros y simpatizantes abandonaran sus compromisos con el pacifismo soviético. Aunque en los años siguientes siguió funcionando, este golpe, combinado con la ruptura sino-soviética y, en América Latina, la reorganización de los compromisos intelectuales que desató la Revolución cubana, cerró la etapa más prolífica y de mayor impacto entre las elites culturales y la opinión pública mundial de la cruzada pacifista. María Rosa Oliver dejó el Movimiento por la Paz en 1962, luego de catorce años de un activismo intenso sin el cual, lo reconocían sus propios compañeros, América Latina hubiera ocupado un lugar menos destacado que el que tuvo en aquellos años. Durante la década de 1950, como aquí he esbozado, esa red que la tuvo como protagonista principal elaboró una serie de sentidos y lecturas sobre el lugar de América Latina en el mapa político de la Guerra Fría que en buena medida anticiparon el antiimperialismo que dominó las sensibilidades políticas del continente por los años siguientes.

18 World Council of Peace. *Memoirs*. Notas manuscritas sobre la reunión del Bureau del Consejo Mundial de la Paz reunido en Helsinki en 1956, María Rosa Oliver Papers, Manuscripts Division, Department of Special Collections, Princeton University Library, Box 1, Folder 2.

Referencias bibliográficas

- Albuquerque, Germán. 2011. *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría*. Santiago de Chile: Ariadna.
- Bayerlein, Bernhard, Kasper Braskén y Holger Weiss. 2016. “Transnational and Global Perspectives on International Communist Solidarity Organisations. An Introduction”. En *International Communism and Transnational Solidarity: Radical Networks, Mass Movements and Global Politics, 1919-1939*, editado por Holger Weiss, 1-27. Leiden: Brill.
- Bisso, Andrés. 2007. *El antifascismo argentino*. Buenos Aires: Cedinci/Buenos Libros.
- Caballero, Manuel. 2006. *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana, 1919-1943*. Caracas: Alfa.
- Clementi, Hebe. 1992. *María Rosa Oliver*. Buenos Aires: Planeta.
- Cuadernos de Cultura*. Buenos Aires, 1º época (no. 1: agosto de 1950-no. 84: marzo-abril de 1967).
- Dullin, Sabine y Brigitte Studer. 2016. “Communisme + transnational. L'équation retrouvée de l'internationalisme au premier XX^e siècle”. *Monde(s)* 10: 9-32. <https://doi.org/10.3917/mond1.162.0009>.
- Fernández Bravo, Álvaro. 2008. Introducción a *Mi fe es el hombre*. En *Mi fe es el hombre*, de María Rosa Oliver, 9-49. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Fernández Bravo, Álvaro. 2009. “Redes latinoamericanas en los años cuarenta: la revista Sur y el mundo tropical”. En *Episodios en la formación de las redes culturales en América Latina*, editado por Claudio Maíz y Álvaro Fernández Bravo, 113-135. Buenos Aires: Prometeo.
- Fernández Bravo, Álvaro. 2017. “María Rosa Oliver en las redes comunistas del siglo”. En *MORA* 23: 133-148.
- Geoffrey, Robert. 2013. “Averting Armageddon: The Communist Peace Movement, 1948-1956”. En *The Oxford Handbook of the History of Communism*, editado por Stephen Smith (online edition), 391-411. Oxford: Oxford University Press.
- Ghioldi, Rodolfo. 1956. *Uzbekistán, el espejo*. Buenos Aires: Fundamentos.
- Giudici, Ernesto. 1949. “Realidades americanas en el Congreso de México”. *Orientación*, 2 de noviembre de 1949.
- Iber, Patrick. 2015. *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*. Cambridge: Harvard University Press.
- Kerssfield, Daniel. 2012. *Contra el imperio. Historia de la Liga Antiimperialista de las Américas*. México, D.F.: Siglo XXI.
- King, John. 1989. *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Locane, Jorge. 2020. “Del orientalismo a la provincialización de Europa. A propósito del viaje a los albores de la República Popular China”. *Transmodernity. Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World* 9, no. 3: 56-73. <https://escholarship.org/uc/item/4fh8m76v> (1 de diciembre de 2021).
- McGee Deutsch, Sandra. 2013. “Mujeres, antifascismo y democracia. La Junta de la Victoria, 1941-1947”. *Anuario IEHS: Instituto de Estudios Histórico-Sociales* 28: 157-175.

- Mistral, Gabriela. 2015. *Por la humanidad futura. Antología política de Gabriela Mistral*. Santiago de Chile: La Pollera.
- Nuestra Palabra*. Buenos Aires, 1º época (no. 1: 6 de marzo de 1950-no. 1198: 19 de junio de 1973).
- Oliver, María Rosa. 1939. *Geografía Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Oliver, María Rosa. 1945. *América vista por una mujer argentina*. Buenos Aires: Salzmann.
- Oliver, María Rosa. 1965. *Mundo, mi casa, Buenos Aires*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Oliver, María Rosa. 1969. *La vida cotidiana*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Oliver, María Rosa. 2008 [1981]. *Mi fe es el hombre*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional Argentina.
- Oliver, María Rosa y Norberto Frontini. 1955. *Lo que sabemos, hablamos... Testimonio sobre la China de hoy*. Buenos Aires: Botella al Mar.
- Pasolini, Ricardo. 2013. *Los marxistas liberales. Antifascismo y comunismo en la cultura argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Pavilack, Jody. 2018. "Henry Wallace y sus 'amigos' en América Latina, 1940-1949". En *Los comunismos en América Latina. Recepciones y militancias (1917-1955)*, editado por Santiago Aránguiz Pinto y Patricio Herrera González, 215-232. Santiago de Chile: Historia Chilena.
- Petersson, Fredrik. 2016. "La Ligue anti-impérialiste: un espace transnational restreint, 1927-1937". *Monde(s)* 10: 129-150.
- Petersson, Fredrik. 2017. "Imperialism and the Communist International". *Journal of Labor and Society* 20: 23-42.
- Petra, Adriana. 2017. *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rey Tristán, Eduardo. 2012. "Estados Unidos y América Latina durante la Guerra Fría: la dimensión cultural". En *La Guerra Fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, editado por Benedetta Calandra y Marina Franco, 51-65. Buenos Aires: Biblos.
- Ridenti, Marcelo. 2011. "Jorge Amado e seus camaradas no círculo comunista internacional". *Sociologia & Antropologia* 1: 165-194. <https://doi.org/10.1590/2238-38752011v128>.
- Rupprecht, Tobias. 2015. *Soviet Internationalism after Stalin: Interaction and Exchange Between the USSR and Latin America During the Cold War*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Valobra, Adriana. 2005. "Partidos, tradiciones y estrategias de movilización social: De la Junta por la Victoria a la Unión de las Mujeres de la Argentina". *Prohistoria* 9: 67-82.
- Zourek, Michal. 2019. *Praga y los intelectuales latinoamericanos*. Rosario: Prohistoria.

Archivos consultados

Archivo de Juan Antonio Salceda (privado).

Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI), Universidad Nacional de San Martín.

Gabriela Mistral, Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional Digital de Chile.

María Rosa Oliver Papers. Special Collections, Princeton University Library.